

## Inseguridad como ideología, Seguridad como chantaje

José Antonio Zamora Zaragoza\*

El aumento de los servicios de seguridad, el creciente valor electoral de los lemas de "ley y orden", la proliferación de sistemas de control y observación de las poblaciones, las políticas de lucha contra la amenaza del terrorismo internacional, la edificación de muros fronterizos y otros tantos signos que podríamos añadir, muestran que el tema de la inseguridad/seguridad se ha vuelto omnipresente. Como otros asuntos que alcanzan un grado tal de difusión y notoriedad social, también éste puede convertirse en una forma de enmascarar las amenazas reales y de imposibilitar políticas acertadas. ¿Vivimos hoy en sociedades más inseguras? ¿Quién padece más la inseguridad? ¿Lo son aquellos que parecen más dominados por el sentimiento de la misma? ¿Han aumentado las amenazas y los riesgos o sólo las exigencias de seguridad de los individuos? ¿Vivimos todos los individuos sometidos a las mismas inseguridades? ¿Sería posible establecer prioridades más allá del sentimiento subjetivo de miedo? ¿Cuáles son las fuentes reales de inseguridad y cuáles las creadas artificialmente?

### *Dialéctica moderna de la seguridad/inseguridad*

El cambio epocal que significó el nacimiento de la modernidad se anunció con un objetivo inscrito en su bandera junto a los lemas de libertad, igualdad y fraternidad: arrancar del corazón de los hombres el miedo que les atenazaba y hacía que se sometiesen a poderes que los esclavizaban. El conocimiento científico y los avances tecnológicos eran vistos como potentes instrumentos sociales para minimizar las contingencias y poner

\* Instituto de Filosofía (CSIC), Madrid.

al servicio de los ciudadanos los poderes naturales enfrentados a ellos, así como para destronar los poderes sociales causantes del sometimiento y la infelicidad.

Desde el punto de vista político y sociológico la modernidad puede ser considerada como un proyecto de control social y tecnológico llevado a cabo por los Estados-nación (Beck, 2002). Por esa razón el Estado moderno estuvo asociado desde su nacimiento al concepto clave de seguridad. Thomas Hobbes, uno de los padres de la idea de contrato social, veía en el temor la razón fundamental que lleva a los seres humanos a unirse en sociedad. Puede que esta concepción fuera una reacción a la radical pérdida de seguridad provocada por la crisis de las seguridades ofrecidas por el orden premoderno. Pero en lugar de pensar las estructuras que están a la base de la incertidumbre, Hobbes convierte inmediatamente la crisis en una cuestión de orden. Esta redefinición del tema de la inseguridad como una cuestión de orden conduce inevitablemente a un ocultamiento de las inseguridades o a una interpretación de las mismas como anomalías transitorias.

Aunque la modernidad luche por la claridad y el orden tanto en las ciencias como en la organización de la sociedad, sin embargo su búsqueda de determinación produce permanentemente nuevas indeterminaciones. Éstas impiden la realización acabada del orden perseguido, pero refuerzan la necesidad de un orden definitivo. Nos encontramos en cierto modo ante un círculo vicioso: todo intento de establecer un mundo más racional por medio de la ciencia y de la técnica va acompañado de efectos asociados irracionales que aumentan la magnitud del sufrimiento (Bauman, 2005b).

En el horizonte de la conversión hobbesiana de la inseguridad en una cuestión de orden las situaciones y acciones que están afectadas por dicha inseguridad aparecen como deficientes, mientras que la intencionalidad y el control de la situación se convierten en prueba de una acción no deficiente encaminada a ampliar el espacio de lo dominable y a minimizar el nivel social de inseguridad. Ciertamente el potencial actual de dominio de la naturaleza es más grande que nunca y quizás nunca antes hayan vivido los seres humanos tan seguros como en las sociedades modernas. Pero esto no puede confundirse con un aumento lineal de la seguridad. Más bien habría que hablar de una dialéctica de seguridad e inseguridad que conduce a un retorno de la inseguridad:

- Experiencias como la catástrofe de Chernobil han hecho tambalearse las promesas de seguridad y las evidencias que acompañaban a la ciencia y la técnica modernas. Son precisamente sus avances los que producen y, al mismo tiempo, sacan a la luz potenciales de inseguridad que no pueden ser ya eliminados.

- Las estructuras económicas y los instrumentos políticos de gobierno producen en su relación mutua no sólo tensiones y situaciones de crisis, colonizaciones e intentos de control, sino ingobernabilidad que emana de las mismas acciones de gobierno, difuminación y desterritorialización del poder económico y político que deja a los individuos remitidos a sí mismos en el aseguramiento precario de su supervivencia.

- Las seguridades que ofrecen las sociedades modernas frente a las contingencias vitales, los poderes naturales, los caprichos del azar o las intervenciones arbitrarias del poder político, generan potenciales de individuación y diferenciación de los modelos de acción, de los referentes de sentido y de los estilos de vida; esto hace que la incertidumbre se apodere de los mecanismos de socialización y de estructuración de lo social que acaban disolviendo toda seguridad y haciendo incierta toda trayectoria biográfica.

Así, pues, el futuro inseguro ya no puede ser atribuido a los actos azarosos de la fortuna, a la arbitrariedad de un dios caprichoso o a la irrupción impredecible de una naturaleza impetuosa, sino que es resultado de la propia acción de los sujetos. La inseguridad se constituye a través de decisiones y acciones encaminadas a hacerla desaparecer. Podríamos decir que la solución de problemas genera nuevos problemas.

La energía atómica y las biotecnologías son buenos ejemplos de la ambivalencia de la forma científico-técnica de constituir y apropiarse la inseguridad. Los riesgos producidos por los avances científico-técnicos ya no son controlables con los medios científico-técnicos de comprobación del riesgo. Frente a la falsa interpretación cientista de la modernidad, el triunfo de ésta pone de manifiesto la falsedad de la presunción de un supuesto equilibrio entre producción y dominación de la inseguridad, así como de la tesis que sostiene el logro de niveles crecientes de seguridad y transparencia.

**La solución de problemas genera nuevos problemas. La inseguridad se constituye a través de acciones encaminadas a hacerla desaparecer**

#### *Sociedad del riesgo y modernidad líquida*

A mitad de los años ochenta Ulrich Beck desencadenó con su obra *La sociedad del riesgo* (Beck, 1998) una animada discusión sobre las sociedades modernas y sobre los riesgos sociales, políticos, ecológicos e individuales que produce el progreso industrial. Ese progreso se sustrae de modo creciente a las medidas de control y seguridad tradicionales. Creíamos que las sociedades industriales modernas habían transformado las amenazas impredecibles de las sociedades preindustriales (peste, hambre, catástrofes naturales, magia, dioses o demonios) en riesgos aparentemente calculables. Y esto no sólo se refería a las capacidades productivas y los riesgos de las comunicaciones y los transportes, a las pérdidas o "beneficios" de las guerras, sino también a las incidencias y cambios de la vida individual: accidentes, enfermedades, inseguridad social, etcétera. Así fue como surgió el principio de seguridad social y la concepción de la sociedad como comunidad de riesgo, en el sentido de portadora y responsable de la seguridad de sus miembros.

Según Beck, la transformación decisiva tiene lugar cuando los peligros socialmente producidos no pueden ser ya dominados por las reglas y sistemas de seguridad existentes. Los riesgos atómicos, químicos, ecológicos

y genéticos, a diferencia de los riesgos preindustriales, ya no están limitados espacial y temporalmente, no son imputables según las habituales reglas de causalidad, culpa, responsabilidad, etcétera y, finalmente, son difícilmente compensables. La sociedad del riesgo se encuentra confrontada con la pretensión de someter los contextos vitales a planificación, disponibilidad e imputabilidad individual, pero por otra parte los efectos colaterales y tardíos de la acción planificada muestran una resistencia pertinaz a la predecibilidad y a la capacidad de asunción responsable. Intentar mantener conceptos de seguridad propios de la sociedad industrial a la vista de los "nuevos" riesgos lleva consigo el peligro de sucumbir a una especie de totalitarismo de la defensa frente a los peligros (Beck, 1994). Así, pues, el sistema político democrático se enfrenta al dilema de fracasar ante los peligros de origen sistémico o vulnerar los principios democráticos con medidas autoritarias.

¿Qué es lo nuevo en la nueva situación? Por un lado, Beck se refiere al proceso de individualización resultante de la disolución de formas sociales de integración vigentes durante el proceso de industrialización moderna:

**La flexibilización, liberalización y desregulación que se ha dado en denominar globalización deja tras de sí una tierra quemada**

la familia nuclear, los roles de género, las clases sociales, los entornos morales, etcétera. Dichas formas son sustituidas por procesos biográficos en los que los individuos entretienen su propia trayectoria vital a partir de patrones preexistentes que han perdido su vigencia e incuestionabilidad.

Por otro lado, la peligrosidad de las amenazas a las que nos enfrentamos en la era postindustrial es de tal calibre, que ya no resulta posible la seguridad frente a ellas. Existe una desproporción insalvable entre el tipo de efectos que se siguen (por ejemplo, en los riesgos ecológicos) y los medios e instituciones de que disponemos para hacerles frente.

Pero, ¿no fue descrita ya la revolución sin precedentes de los medios productivos y la disolución de las formas sociales de integración por los autores del *Manifiesto comunista* con la conocida fórmula de que "todo lo sólido se desvanece en el aire"? Para Z. Bauman, lo nuevo frente a esta descripción consiste en que la desintegración ya no puede ser vista con la euforia que concedía la idea ilustrada de progreso, es decir, como una destrucción necesaria para la instauración del reino comunista de la libertad. La disolución ya no es un paso para crear nueva estabilidad. Entre la liberación (formal-jurídica) de los individuos y su capacidad de influjo (real) existe un abismo. La flexibilización, liberalización y desregulación que han dado en denominar globalización deja tras de sí una tierra quemada. Ha desaparecido la meta y sólo nos queda un movimiento acelerado que no lleva a ninguna parte (Bauman, 2003).

Hasta la mitad del siglo XX puede hablarse de una modernidad *sólida*. En el marco de esa modernidad todavía se confiaba poder alcanzar la realización de un mundo completamente racional y perfecto, es decir, un estado en que cesarían todos los cambios, porque nada sería ya mejorable. Por eso era indispensable disponer de informaciones exhaustivas, de

suficientes conocimientos y destrezas técnicas para alcanzarlo. En los años cuarenta y cincuenta se produce una transformación que dará paso a la modernidad *líquida*. No sólo se abandona la pretensión de alcanzar un estado de perfección, se crea un paradójico estado de cambio permanente. Ni el saber acumulado ni las rutinas puestas a prueba constituyen ya una base segura para enfrentarse al futuro.

Bauman se refiere a diferentes transformaciones que están a la base de ese cambio epocal, pero sobre todo subraya las que afectan al mercado de trabajo, a su flexibilización, creciente desregulación y extraordinaria movilidad. Esto sólo permite desplegar una biografía líquida y adaptable que engarza unos proyectos con otros, pero todos presididos por la brevedad y, frecuentemente también, por la diversidad. Esto quiere decir, que transformaciones sistémicas deben ser afrontadas y resueltas de modo individual, a pesar de la desproporción que existe entre ambos planos. Por otro lado, la estrategia de los poderes dominantes ya no consiste en mostrar su poder, en hacerlo visible, sino en volverlo invisible e inaprensible. Por eso se habla de *global player* virtuales. Vivimos en un mundo descentralizado de jerarquías planas, en el que los riesgos y contradicciones siguen teniendo un origen social, son riesgos producidos socialmente, pero que deben ser afrontados individualmente.

En resumen, tanto para U. Beck como para Z. Bauman el hecho de que la propia biografía se haya vuelto más contingente y la situación vital y laboral más precaria va asociado a procesos de pérdida de valoración y a la experiencia de inseguridad respecto a la posición social, a los derechos y al sustento vital, así como a la experiencia de incertidumbre en relación a la estabilidad del *statu quo* y de inquietud por la propia integridad física, material y social. Pero, ¿cómo es percibida esta nueva situación por los sujetos que la viven?

#### *La construcción social del miedo*

La percepción de la realidad no es un proceso neutral en el que los sujetos sociales son impactados por la nuda objetividad de los hechos. Dicha percepción es una construcción social y como tal está sometida a los mecanismos sociales de selección, deformación, dramatización, negación, etcétera que reflejan no sólo las preferencias individuales, sino también las coacciones que imponen las relaciones de poder y dominación. Esto, que vale para cualquier fenómeno social, es tanto más efectivo cuando nos referimos a las amenazas o riesgos que constituyen la base del sentimiento de inseguridad. Lo cual nos obliga a repensar las formas como la sociedad se enfrenta a los riesgos, amenazas e inseguridades.

¿Es posible distinguir entre amenazas reales e ilusorias? La inseguridad dista mucho de ser un hecho objetivo y medible. Más bien es la misma percepción cultural lo que constituye la sensación de inseguridad. Muchas de las amenazas que la población siente como más acuciantes no forman parte de la experiencia cotidiana directa. Las causas, por ejemplo, de la contaminación se encuentran en muchas ocasiones separadas espacial y

temporalmente de los individuos que sufren sus efectos. Las complejas cadenas causales que las ponen en relación no pueden ser establecidas por percepciones directas, necesitan de mediaciones que las visibilicen, desde los conocimientos elaborados por expertos hasta las presentaciones divulgativas ofrecidas por los medios de comunicación. Pero dichas presentaciones distan mucho de ser neutrales. Más bien están sometidas a la presión de la propaganda política o los intereses comerciales. El carrusel de expertos que suelen aparecer en los medios tiene en no pocas ocasiones un efecto desinformador y desmovilizador: "nadie se pone de acuerdo" - "no se puede hacer nada".

Otro ejemplo ilustrativo del tratamiento mediático de la inseguridad lo ofrece el fenómeno de la inmigración. De modo persistente son presentadas imágenes de pateras o cayucos con inmigrantes africanos que llegan a nuestras costas, utilizando además términos prestados de las noticias

**¿Es posible distinguir entre amenazas reales e ilusorias? La inseguridad dista mucho de ser un hecho objetivo y medible. Es objeto de manipulación mediática**

sobre catástrofes naturales: "avalancha", "oleada", etcétera. La inaprensibilidad visual de la mayoría de inmigrantes que llegan en autobús o avión, la inespectacularidad de dicha llegada, la diferencia entre ciudadanos de

origen latinoamericano y los verdaderamente "otros", los magrebíes y los subsaharianos, que visualizan más claramente el carácter amenazante del fenómeno: todo esto convierte a la realidad mayoritaria en "inadecuada" desde el punto de vista mediático.

¿Cómo comunicar que "nos invaden"? ¿Cómo provocar incluso entre aquellos que carecen de experiencia directa de trato con los inmigrantes la sensación de saturación, de límite? Límites de capacidad que, por otra parte, nada son comparados con los límites de soportabilidad del hambre, la pobreza, el SIDA y la ausencia de futuro sobrepasados ya largamente por los pueblos de África. Con todo, para crear la percepción de un determinado grupo social como enemigo, tan necesaria como el miedo difuso a supuestas amenazas para reforzar la autoridad dispuesta a combatirlas, no basta con repetir machaconamente las imágenes de las pateras. En contra de los análisis más serios del fenómeno migratorio se alimenta la imagen que lo asocia con la delincuencia, el crimen organizado, el terrorismo, etcétera.

Estamos acostumbrados a que gobiernos y medios focalicen la cuestión de la inseguridad en el tema del delito callejero, de la violencia contra las personas y las propiedades. Dejando de lado las causas sistémicas de la inseguridad y sus efectos sobre la debilidad y vulnerabilidad de los sujetos que puedan sentirse amenazados, se identifica inseguridad prácticamente con inseguridad ciudadana y ésta con los efectos del delito callejero. Los únicos sujetos que pueden articularse en relación con la inseguridad son aquellos que ven amenazadas sus propiedades, pero casi nada se dice de los procesos sociales que precarizan, vulnerabilizan y debilitan a los identificados como delincuentes. La desproporción informa-

tiva en relación con los llamados delitos de guante blanco es clamorosa, por no hablar de los procesos "legales" de precarización de las condiciones de vida de amplios colectivos ciudadanos. El tratamiento informativo del delito económico organizado o del fraude fiscal nunca se asocia a la producción de mayores niveles de inseguridad, aunque resulte a todas luces impensable un trasvase permanente como el que existe entre la economía llamada legal y la delictiva sin la colaboración del sistema financiero y del empresariado.

El miedo difuso que produce el sentimiento de inseguridad tiene tanto una gran capacidad de movilización como de paralización. Controlar el sentimiento de inseguridad, dirigirlo en una dirección u otra, convertirlo en un componente sustantivo de la experiencia cotidiana, etcétera posee pues una importancia capital para cualquier instancia de poder. Quizás por esa razón estén a la orden del día formas de presentación de las amenazas supuestas o reales plagadas de catastrofismo, sensacionalismo o superficialidad. De modo exponencial han aumentado los programas televisivos dedicados a sucesos, criminalidad, catástrofes naturales o accidentes de todo tipo. También en los informativos ganan dichas "noticias" más y más espacio. Pensemos por un momento en la ola de las todavía recientes amenazas globales, desde el "mal de las vacas locas" a la fiebre aviaria, pasando por el antrax o las armas de destrucción masiva. En su construcción mediática, todas poseen dos rasgos comunes: por un lado, el carácter de peligro inminente y perentorio que genera una situación de emergencia y, por otro, su fugacidad. Parecen predestinadas a generar un miedo difuso o, como Bauman lo llama en su próxima obra, "miedos líquidos" (Azancot, 2006), cuyo significado político intentaré abordar en el último apartado.

#### *Algunas consideraciones sobre el origen social de la inseguridad*

Hemos asistido en las últimas décadas del siglo XX al ocaso de una visión que presidió la reconstrucción europea tras la II Guerra Mundial: la visión de una sociedad capitalista del bienestar en expansión que había de terminar incluyendo al conjunto de pueblos y naciones. Hoy, incluso en los centros del capitalismo occidental, ha enmudecido el discurso que pretendía legitimar la concentración acumulativa con una promesa de "desborde" que acabaría por alcanzar a los excluidos del banquete. Es más, también pierde fuerza el eslogan de los dos tercios. Ni siquiera eso está asegurado. El paro estructural o la precarización extrema de las condiciones de contratación laboral, la pobreza de refugiados o inmigrantes sin papeles y de mujeres a cargo de familias monoparentales, las dificultades crecientes de los jóvenes para acceder a una vivienda y a un trabajo dignos o, en su caso, de mantenerlos, etcétera, son fenómenos que empiezan a apuntar en los países ricos hacia una sociedad dividida en la que sólo la mitad puede gozar de unas condiciones de existencia medianamente seguras.

El orden institucional de Estado y Mercado característico de la modernidad se ha descompuesto y ha perdido legitimidad. Hemos asistido en las

últimas décadas del siglo XX a una recomposición de las relaciones siempre inestables entre Estado, mercado y sociedad bajo el signo de una hegemonización universal del mercado. La topología social se ha transformado de manera que los imperativos de la rentabilidad económica penetran todas las esferas: la social, la política y la cultural. Si hasta ahora los litigios sociales solían ser codificados en términos de responsabilidades del Estado social, es decir, de responsabilidades basadas en la idea de solidaridad social, la mencionada recomposición del orden institucional ha llevado a recodificar dichos litigios en términos de preocupación privada, es decir, a transferir la competencia sobre ellos a instituciones sociales no estatales o semiprivadas, cuando no a la responsabilidad privada sin protección alguna del Estado social. Los individuos se ven forzados a conducirse bajo la lógica económica por medio de la capitalización de la propia existencia. El *management* individual se extiende a todos los ámbitos, desde la capacidad de ser empleado hasta la salud, pasando por las relaciones sociales o el mundo emocional. Es la fórmula del "Yo,

**El miedo a la posible marginación y a la pérdida de posiciones de privilegio genera la necesidad de seguridad utilizada por la propaganda populista**

S.A.". En el negativo de esta imagen de un "yo empresarializado" se hace visible la amenaza del fracaso que deja a los individuos abandonados a su propia suerte, es decir, fuera de juego. Quien no es capaz de responder a las exigencias de flexibilidad ante las cambiantes "contingencias" de la vida, el mercado o el entorno relacional, quienes no son capaces de adaptarse diligentemente a ellas, de aprovechar las oportunidades antes que otros las aprovechen, se convierten en prescindibles (Bauman, 2005a).

En ese contexto florece el miedo. Es el miedo a la posible marginación y a la pérdida de posiciones de privilegio lo que genera la actual necesidad de seguridad que es utilizada por cierta propaganda estatal de corte populista para asociarla a supuestas medidas necesarias para garantizar dicha seguridad: medidas de control de las poblaciones, medidas penales más rigurosas, guerras preventivas, suspensión de derecho civiles... La ideología de la seguridad interior responde al grito de los que se sienten amenazados de marginación o descenso social. Pero este grito permite a las instancias que intervienen en los procesos sociales y económicos que están en el origen del sentimiento de inseguridad presentarse como instancias salvadoras. La activación del miedo tiene un efecto inmediato de reforzamiento de la autoridad, de legitimación del poder que supuestamente es capaz de desactivar las causas que lo producen. Se trata de un poderoso mecanismo para simular el consenso allí donde hay más que poderosas razones para que éste no exista. Esto permite disciplinar bajo formas de organización análogas a lo militar tanto la producción como el trabajo, la opinión pública, el derecho o la ciencia (cf. Beck, 2000: 159).

El deseo de seguridad amenaza con sofocar el deseo de libertad. Los miedos más que dirigirse hacia arriba, hacia las instancias estatales o económicas que promueven la vulnerabilidad y la precarización, se orientan hacia abajo. Los individuos se sienten amenazados por aquellos a quienes



temen verse asociados. Nada resulta más fácil entonces que la explotación de los miedos a través de atribuciones colmadas de resentimiento. Los "parásitos de la ayuda social", los "inmigrantes delincuentes", los "mendigos sin techo", etcétera, constituyen la visión terrible del propio futuro frente al que se siente una aversión cuasi idiosincrásica. Como la seguridad buscada contra esa supuesta amenaza no puede ser ofrecida por ninguna organización, se termina buscando refugio en mitos de seguridad: sistemas de alarma, servicios privados de seguridad, muros y barreras, etcétera. Se evita al máximo el contacto con los marginalizados, que son percibidos como ajenos, extraños, amenazantes. A falta de relación efectiva con ellos, de conocimiento de sus vidas, sus afanes y dificultades, las representaciones sociales están presididas por los clichés y estereotipos que elaboran los medios de comunicación y la propaganda política.

#### *La función política y económica de la ideología de la seguridad*

Esta formación de clichés y estereotipos produce generalizaciones que, lejos de ayudar a comprender las causas de lo que haya de realidad tras ellos, generan un medio difuso y generalizado, que en su indefinición y abstracción puede ser proyectado sobre cualquier realidad. Por tanto, cualquier realidad puede ser percibida como una amenaza. Por ello, dicho miedo difuso no sólo representa la base de una pérdida dramática de realidad por parte de quienes lo padecen, sino que constituye un instrumento de primer orden para forzar el sentimiento de desamparo administrable por instancias políticas o empresariales.

Como hemos visto, el "sentimiento de inseguridad" está asociado a la excepcionalidad, es decir, a una impresión generalizada de aumento de las amenazas, de crecimiento de los peligros y de la vulnerabilidad: "ya nadie está protegido". Esto legitimaría la adopción de medidas excepcionales, que por lo general tienen que ver con la intensificación del control social, la flexibilización de las garantías jurídicas ante los abusos del poder y la aplicación de la llamada "tolerancia cero" frente a las fuentes de la inseguridad o las que son tildadas de tales (De Giorgi, 2005).

Lo significativo es que los portadores del actual discurso sobre seguridad son los propios ciudadanos. Ellos son los que exigen leyes más duras o control por medio de cámaras. Por su parte, la policía empieza a definirse cada vez más como una empresa de servicios llamada a satisfacer las necesidades de seguridad, orden y rectitud de los ciudadanos. Es más, los mismos ciudadanos deben implicarse activamente en el establecimiento de la situación deseada. Esta nueva forma de relación entre ciudadanos y Estado es lo que recoge el término *community policing*. En relación con todo ello se encuentra la comercialización del campo de la seguridad. Hace años que junto a la policía aparecen servicios privados que apuntan a una disolución tendencial del monopolio de violencia del Estado.

Sin embargo, a pesar de esta disolución tendencial del monopolio de violencia del Estado, la nueva forma de ejercer el poder significa una agudización de la dominación. Por medio de la privatización e interiorización

se radicaliza hasta unas dimensiones sin precedentes. Si, como resulta previsible, el desarrollo del sistema capitalista presenta futuras situaciones de crisis, los individuos singulares y aislados se verán confrontados con estados de gran inseguridad. Demasiada libertad puede verse entonces como un riesgo para la seguridad interior. En relación con la desregulación de la economía, la reforma del Estado social y el establecimiento de un Estado mínimo, el Estado puede ver reducida su tarea a imponer la libertad de mercado, mientras que la sociedad se controla a sí misma "voluntariamente".

Como ya señalaba Juan Cueto a comienzo de los años ochenta, «la seguridad del Estado pasa ahora mismo por la inseguridad del ciudadano. No hay un maquiavelismo en esta administración de los terrores cotidianos. Sencillamente ocurre que esta "socialización del miedo" consolida y garantiza de forma "natural" lo establecido. Por eso los poderes son emisores, distribuidores, publicitarios, vendedores y agentes (dobles) de la circulación del mito de la seguridad ciudadana. [...], esto implica una forma como otra cualquiera de control social. La seguridad como chantaje de la vida y de supervivencia» (Cueto, 1982: 37).

¿Habrá todavía una oportunidad para una seguridad asentada en la igualdad, la justicia, el diálogo y la mediación? ¿O se convertirá en un instrumento de la política o la economía al servicio de la dominación de los ciudadanos? Quizás esto dependa de la capacidad de éstos para producir comunidad solidaria.

### BIBLIOGRAFÍA

- Azancot, Nuria (2006): Entrevista a Zygmunt Bauman, en: *El Cultural de El Mundo* (18-24 de mayo), p. 8.
- Bauman, Zygmunt (2003): *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2005a): *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós.
- (2005b): *Modernidad y ambivalencia*. Rubí (Barcelona): Anthropos.
- Beck, Ulrich (1998): *La sociedad del riesgo Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- (1994): *Die Erfindung des Politischen - zu einer Theorie des reflexiblen Modernisierung*. Frankfurt: Suhrkamp.
- (2000): *La democracia y sus enemigos. Textos escogidos*. Barcelona: Paidós.
- (2002): *La sociedad del riesgo global*. Madrid: Siglo XXI.
- Cueto, Juan (1982): *Mitologías de la modernidad*. Barcelona: Salvat.
- De Giorgi (2005): *Tolerancia cero. Estrategias y prácticas de control*. Barcelona: Virus.